

ELEMENTOS DE VACACIONES

Camino en el borde entre la tierra y el agua, el pie izquierdo en la arena, el pie derecho en el final de la ola, pequeñas burbujas que estallan antes de que los dedos las toquen.

Camino sobre la línea torcida donde la tierra y el mar se juntan, el ondulado borde de un beso que la ola posa en la arena, pues parece que el mar sonrío a la tierra y al hacerlo le enseña sus conchas como pequeños blancos dientes que enseguida oculta otra vez. Pero no: es la tierra quien se alegra y absorbe tan rápida como puede esa agua de compás regular, ¡tanta es la sed que el sol le hace pasar!...

La huella del pie no permanece más de tres o cuatro pisadas, -tal es el paso del hombre en la tierra-, el mar la deshace y pronto es lisa arena. Nuevos pasos, más arena, chapoteo en los dedos ya de agua... Viviendo el borde, entre la tierra y el mar.

A los pies el agua es transparente pero también es verdosa, parda, marina de azul, celeste de cielo, blanca de extremo resplandor. El agua, constante Proteo que adopta cualquier color, espejo del aire y ritmo del viento, la pareja de la tierra, sostén también de los cuerpos. La tierra, un enorme plato abierto, fuente honda, recipiente, amante siempre dispuesta: continente de inmensidad que contiene un sol oscuro por dentro, un fuego que ella no deja ver.

En el agua me dejo como morir a ver si el agua también me puede sostener, y ¡sí!...pero me mezo con un recelo de temor: no llego a dejarme acoger, es tanta la fuerza del agua y tan arrollador su poder...Dejarse ir en las aguas es disolverse, prestarse a desaparecer.

Tierra y agua a veces tienen sus roces y en la orilla se pueden ver pequeños escollos de arena levantados por disputa, tierna o violenta ¿quién lo puede saber? La tierra se ha resistido a embestidas furiosas, freno de desbocados caballos, el ataque de las olas, no, no ha cedido su sitio: no quiere dejarse en demasía querer.

Paso al lado, el muro se desmorona; si alguien se apoya en él se hunde casi en la nada, tanta apariencia de roca y el agua -la excavadora- ha hecho bien su papel. Se derrumba el precipicio, la fortaleza rinde su pie y ahora queda un montoncito de dulce perfil, suavizado, isla redonda de tierra a punto de desaparecer.

Más tropiezos para pies: esas plantas de mar que el mismo mar ha expulsado, Posidonias protegidas arrancadas de raíz...inútil el gesto de cogerlas aún creo con vida, de lanzarlas a las olas, ellas devolverán sus raíces como oscuros dedos buscando la tierra para agarrarse de nuevo en la base líquida del mar.

Demasiado viento, motor constante del agua, demasiado movimiento las ha sacado del mar y ahora aquí están, resplandecientes de verde. Miro un poco más: allá alejadas sus predecesoras, algas secas que se han vuelto redondas para largarse con el viento, para fugarse con él.

Noto el ritmo de los pasos, las caderas que conjugan, la batuta de los brazos, la cabeza -sostén de sombrero- allá arriba, tiesto al sol del verano...esta es hoy mi disciplina y entre tanta inmensidad, los ojos se afilan para ver, tranquilos marchan los pasos, qué

poco esfuerzo el hacerlos mover, ahora el pie izquierdo, el pie derecho después: agua, tierra, cielo, viento, todo camina a la vez...

No hay casi gente a esta hora.

Tres gaviotas vienen volando, las tres puestas en escaleno, ala delta hacia la derecha, luego como un boomerang, mantienen la distancia de sus cuerpos, se intercambian, baten las alas a ritmo, armonía de tres seres, de tres centros en vuelo, relacionándose. Qué pericia de acción en grupo, qué espectáculo único en este instante, de telón el cielo azul, los aplausos los hace el viento... Luego cambian, dos se acercan, una se separa, sin romper lazos invisibles que deben tener, ajenas a quien las admira.

Pues desde tierra unos ojos envidiosos las siguen, seres del cielo ¡quien pudiera mantener el alma tan en el aire y sin embargo estar en la tierra a la vez!

Pasaron, se pierden en el más allá tres tan bellos tantiens.

Otros seres pescadores:

Uno al pie de la caña encanta con su paciencia, otro sin estar quieto se mete bastante en el agua, mira el punto, carga, tensa sus músculos, -qué bello torso desnudo, David con el anzuelo- se comba la punta, un golpe seco, un corto movimiento de los brazos, la atención fija, dirigida al punto a donde quiere llegar, es importante allí y no allá... la tensión de todo su cuerpo se retira a esperar.

Nunca los he visto realmente pescar pero allí están siempre, la caña, el hilo y la arena: persistencia. Cruzo ese espacio por debajo: escaleno irregular.

El espacio es línea que marcan los pasos en un horizonte circular.

Otro pescador más hábil está detenido en vuelo muy cerca de la orilla: bate muy aprisa las alas y está quieto en un mismo punto, suspendido unos momentos: quietud y movimiento a tiempo. Dirige cabeza y pico hacia abajo, cambia el cuerpo a torpedo, se lanza y sale con el pescado, todo a la vez. Rapidez del movimiento, objetivo conseguido: no es posible ser más lanza que él.

Y a continuación desaparece. ¿Espejismo o rapidez? Ha sido un visto y no visto, pero ¿cómo lo ha podido hacer? Seguro que no lo ha pensado, acción en la no acción, no acción en la acción. ¿...?

El fuego funde las cosas, por eso llevo el sombrero: pensamientos a la sombra, la cabeza está vacante, escondida en el sombrero, dejándola descansar...

Pues no hay nada que hacer, es vacación, es vacío: dejarse, dejarse andar, dejarse poseer. La belleza es un momento de fuego: el impacto del instante: una revelación.

Su huella, el espacio que recorren los pasos, una estela que está siempre en el borde, siempre cambiante, huidiza, entre la tierra y el mar.